

XIV.

Llegamos por fin al capítulo de *Nuestra América* en el cual ya no tan sólo con frases vagas unas veces y con acerbidad en otras, alude el señor Bunge á la nuestra patria y á sus hijos prominentes, comprendiéndolos en el cuadro general que se propuso delinear, sino que trata directamente del Jefe Supremo de la República mexicana.

Intitúlase el capítulo, que es el final de la obra, *Porfirio Díaz, Presidente de México*, y aunque no es extenso, encierra tal cúmulo de inexactitudes históricas y biográficas, tan contradictorias apreciaciones acerca de la personalidad que intentó estudiar, que necesitaríamos llenar muchas páginas para rectificar las ideas expuestas por el Sr. Bunge y, por ende, para poner á su alcance, siquiera fuese en rápida síntesis, las noticias exactas que ha menester para juzgar con desapasionado criterio al señor General D. Porfirio Díaz.

Las páginas que consagra al dictador de su patria, Don Juan Manuel Rosas, páginas en las cuales no tenemos por qué ocuparnos, no sabemos si constituyen un juicio definitivo aceptado

sin contradicción por los argentinos que poseen todos los elementos necesarios para comprobar las afirmaciones del señor Bunge. Además, aquél personaje es ya histórico, y cabe, en vista de documentos fehacientes y de opiniones de publicistas é historiadores eximios, como los tiene sin discusión posible la República Argentina, pronunciar fallos dignos de ser tomados en cuenta por los extranjeros. Muchos años hace que desapareció de la escena del mundo, y parece que ya es tiempo de juzgarle severa pero justiciaramente. Y sin embargo, el señor Bunge confiesa que *es peligroso formar un juicio definitivo sobre Rosas*, y sólo arriba á la conclusión de que fué un neurótico. Bien poco es esto, en verdad, y contrasta con la amplitud que da á su juicio sobre el General Díaz, desconociendo el medio en que ha actuado y actúa todavía, ignorando sus hechos más culminantes, sin hojear ninguna de las numerosas biografías que de él existen, sin entrevistar á los que le han tratado, y lo que es peor, convirtiéndose, inconscientemente, en eco de vulgares deturpadores.

Nosotros, los mexicanos, sabemos bien á qué atenernos, para recibir á precio de inventario las afirmaciones del señor Bunge, y hasta podríamos creer que son innecesarias, que salen sobrando las rectificaciones.

Empero no sucede lo mismo con los extraños, y para ellos escribimos. Y con tanta mayor razón, cuanto que comprendemos la perplejidad de los lectores del libro *Nuestra América*, en presencia de los contradictorios conceptos del autor, que del ditirambo pasa al dieterio; que en unas líneas eleva á superiores alturas al General Díaz y en otras le deprime hasta lo inconcebible, y que por manera alguna parece haber logrado compenetrarse del espíritu del pueblo mexicano; de lo que muy propiamente llama el señor Altamira: *el alma nacional*.

Seremos, á pesar de todo, breves, porque no queremos caer en repeticiones y hacernos cansados, y porque, aun teniendo la conciencia de que no rendimos vasallaje sino á la verdad y á la justicia, somos parcós en elogios al tratar de los que viven, y más parcós aún cuando se hallan en el poder.

Escritor efectista el señor Bunge, pone la siguiente introducción al capítulo de que ahora tratamos:

“Al llegar Hernán Cortés, los antiguos mexicanos creyeron que era Quetzalcoatl, el divino Mesías que há tiempo esperaban bajase del cielo á redimirlos. Equivocáronse: Quetzalcoatl vino cuatro siglos más tarde, y se llamó Porfirio Díaz. Nunca, en efecto, ni en épocas precolum-

bianas, cuando su sangre corría en los altares, ni durante el coloniaje, cuando se les cazaba como á fieras y esclavizábaseles como á bestias de carga; ni en las interminables guerras de la independencia y las civiles, cuando eran carne de cañón,—los mexicanos gozaron de mayor bienestar que después del advenimiento de Porfirio I, remoto continuador de Moctezuma.”

¡Hermoso! exclamarán los que, seducidos por la belleza oratoria, declamatoria deberíamos decir, no reflexionan, ni pesan, ni miden, para dar á las palabras su justo valor. ¡Hermoso! decimos nosotros también, pero haciendo al propio tiempo observar que el General Díaz no es el remoto *continuador* del más apocado, del más supersticioso de los antiguos mexicanos, sino que por el contrario, es por su energía, por su voluntad inquebrantable, por su patriotismo, el continuador de Juárez, de quien fué uno de los grandes capitanes en las luchas por la libertad y la autonomía de México. Moctezuma coadyuvó á la obra del Conquistador, sin darse de ello cuenta, mientras que Juárez hizo imposible el triunfo de los extranjeros, secundado por ilustres caudillos republicanos, entre los cuales figuraba en primer término el General Díaz. Y una vez que éste asumió la dirección de la República, tornóse en el *continuador* de la obra de Juárez. Existía la pa-

tria, se había dado las instituciones que le convenían, y podía ya restañar las heridas que guerras largas y cruentas le habían causado, y consagrarse á la noble, á la grandiosa obra del progreso. Encauzar, dirigir las corrientes de la predominante aspiración de la República entera, reprimir los ímpetus de los que aún querían trastornar el orden, respetar las creencias de todos como el que es verdaderamente liberal las respeta, esta ha sido la obra magna, sí; magna, pero factible, dadas las aspiraciones de los hombres de orden, de los que no ambicionan más sino que se les deje trabajar para hacer grande á la patria por medio del trabajo.

Las instituciones y la autonomía de Méjico estaban ya aseguradas. No tenían, pues, razón de ser la lucha y las divisiones de la familia mexicana.

Por otra parte, la civilización, aunque no tenía aquí un emporio, aunque estaba derramando lentamente sus rayos iluminadores, se había ya extendido lo bastante para que no hubiese necesidad de un creador, sino de un continuador. El General Díaz pudo encontrar y encontró espíritus turbulentos que apaciguar, ambiciones desapoderadas que reducir á su justo límite, pero no hordas indomables por otro medio que no fuese el terror. Por esto, precisamente por esto,

es grande y es legítima su gloria. Domeñar á un pueblo hundido en la barbarie, que espera un Mesías, lo consiguen los caracteres férreos, los que impasibles ante los ayes de sus víctimas, las ahogan en sangre. Conducir á un pueblo á la prosperidad y al bienestar sólo pueden alcanzarlo los estadistas, los hijos de la civilización, los que con tacto, con habilidad suma, convierten hasta á sus propios enemigos en colaboradores de su obra, porque ésta es patriótica, porque no se endereza sino al bien. Desgraciado anduvo, pues, el señor Bunge en calificar al General Díaz como continuador de Moctezuma. Continuar, en este sentido, equivale á decir que la raza criolla, en México, no sólo no ha caminado segura, aunque lentamente á su perfeccionamiento moral, sino que ha retrogradado cuatro siglos.

No nos detendremos en rectificar cada uno de los errores que en punto á la biografía del General Díaz encontramos en el libro del señor Bunge; nos fijaremos en los que son de alguna importancia.

Como General en Jefe del Ejército de Oriente, no tuvo á su mando, como cree el señor Bunge, tropas mal unidas y peor disciplinadas, compuestas de indios *cobardes* y analfabetas. Esa nota infamante, por manera alguna la merece un ejército que tantos días de gloria dió á la pa-

tria, y que llena con sus hechos heroicos muchas de las páginas más brillantes de nuestra historia. La rechazamos, por lo mismo, con toda la energía de que somos capaces, á pesar de que el mismo señor Bunge nos ahorra todo esfuerzo al llamar epopeya la no interrumpida serie de triunfos rápidos y decisivos, como los de Miahuatlán, la Carbonera, el asedio de México. Si el Ejército de Oriente hubiese estado compuesto de indios cobardes no serían una epopeya sus marchas victoriosas.

Y pues entre los triunfos de ese Ejército cuenta el señor Bunge el asedio de México, es decir, de la metrópoli mexicana, y pues confiesa que el General Díaz después de rendir cuentas y entregar al tesoro 140,000 pesos recaudados por él, *sobranste que causó asombro, pues los gastos habían sido enormes con relación á los recursos*, permítanos que á las noticias que posee agreguemos la de que una de las más legítimas glorias del General Díaz la hacemos consistir, nosotros los que nos fijamos no solamente en los lauros de la guerra, sino en la nobleza y en la generosidad de los caudillos, la hacemos consistir en que merced á él y á que no mandaba tropas mal unidas y peor disciplinadas, en la ocupación de la ciudad de México, último baluarte del Imperio, ahorró no solamente la sangre de su pro-

pio ejército y la de los defensores de la Capital, sino que evitó desgracias que habrían llenado de luto y de horror á la nación entera. Piense el señor Bunge en lo que un ejército ebrio por la victoria habría podido hacer al considerarse dueño de la vida y de la hacienda de los que le habían hecho arrostrar durante años y años los mayores sacrificios.

La toma de México por otro Ejército y por otro Jefe, habría dado lugar á las más horrosas, á las más sangrientas represalias, y lejos de suceder tal cosa, enalteció al generoso vencedor y le conquistó la admiración y la gratitud de los vencidos.

Parodia de elecciones populares llama el señor Bunge á las que se verificaron después del triunfo de la revolución antilerdista. Mal se compadece esta opinión con la que había expresado algunas páginas antes, en las que nos dijo que los triunfos del General Díaz habían bastado "para que la imaginación de un pueblo semi asiático lo supusiera un héroe legendario y misterioso." Confiese, pues, el señor Bunge, que el caudillo triunfador en cien combates no necesitaba que se hiciesen parodias de elecciones para elevarlo á la categoría de presidente constitucional. El General Díaz era,—lo asien-

ta el señor Bunge en la página 226,—el caudillo nacional.

Más injusto,—por peor informado tal vez,—se nos presenta el escritor argentino, cuando al querer dar noticias detalladas sobre el origen de la exaltación del General Díaz al poder, dice que después de haber sido patriota y liberal con Juárez y Lerdo, “en cuanto los conservadores le hacen (á Lerdo) una revolución, *Díaz, el ex-liberal* se pone en movimiento, la dirige, y derrota al legítimo presidente para sucederle.”

Falso es esto, inconcebiblemente falso; no hay en ninguno de los libros que se han escrito, ni aun en los periódicos que más encarnizadamente han combatido al General Díaz,—que son los que pudieran haber servido al señor Bunge como fuentes de información,—el menor indicio, la alusión más vaga, de que fueron los conservadores los que se alzaron en armas en 1876, y mucho menos de que el General Díaz los dirigió y encabezó, hasta derrocar al señor Lerdo de Tejada.

De todas las acusaciones del señor Bunge, ninguna ha de haber herido más hondamente al General Díaz, como la que envuelven estas tres palabras: *el ex-liberal*. ¡Llamarle tráfuga de su partido, á él, que tantos y tan costosos sacrificios ha hecho desde su juventud por la Libertad y por la Reforma, es el mayor de los dislates!

Cualquiera otro que no fuese el señor Bunge, se habría detenido allí. ¿A qué continuar mezclando elogios y dieterios, si la nota infamante de tráfuga estaba ya lanzada?

Pero no sucedió así. Escribe unas cuantas líneas más, y á seguida dice: “Y gobierna con un poder absoluto, más absoluto que el de cualquier soberano de Europa. Como todo cacique, ha consolidado su poder por el terror: expatria á los opositores, amordaza la imprenta, y nombra directamente á los miembros del Congreso. Un ejemplar curioso de su despotismo está en lo que se llama la “Ley fuga,” siempre vigente, que consiste en el derecho que se atribuye á las autoridades gubernativas de *matar* en el mismo acto de aprehenderlo, al acusado que se resiste. ¡Nada más expeditivo!”

Lo que es más expedito, es calumniar, como el señor Bunge lo hace. Y para que se le sorprenda en flagrante delito, no serán conceptos nuestros los que le desmientan, sino los de un diario mexicano que con ardor, con vehemencia, ha censurado durante años y años la política liberal del General Díaz; pero que honrado y digno, á visera levantada, ha salido ahora á su defensa, publicando un artículo intitulado *Aclaraciones relativas al Sr. Gral. D. Porfirio Díaz*, con motivo del libro del Sr. Bunge. Nos referimos á

El Tiempo, único diario que no ha querido dejar sin refutación las afirmaciones del escritor sud-americano, como se ve por el siguiente pasaje:

“Confíabamos en que la prensa gobiernista, que blasona de adhesión al General Díaz y de celo patriótico, oportunamente hubiese hecho las conducentes rectificaciones que el caso demandaba; pero es el caso que han transcurrido meses y meses después de la publicación del libro de Bunge, sin que ni uno solo de los periódicos que se dicen porfiristas haya parado mientes en las falsedades asentadas, dejando pasar los errores ó especies calumniosas del referido escritor sud-americano relativas á Méjico.

“En vista de este absoluto silencio de los periódicos aludidos, vamos nosotros, que no alardeamos de gobiernistas, á hacer las rectificaciones que juzgamos convenientes para el buen nombre de nuestro país.”

Pues bien, hé aquí lo que *El Tiempo* dice para refutar las absurdas consejas sobre el reinado del terror y sobre la ley-fuga:

“A vueltas de reconocer en el General Díaz uno de los más grandes estadistas del siglo XIX, asienta el biógrafo sudamericano que nuestro Presidente ha consolidado su Poder infundiendo el terror por medio de la ley fuga. A este

aserto hay que contestar que la tal ley fuga ha sido creación de la fantasía de la Prensa opositorista; y en cuanto á ese supuesto sistema terrorista de Gobierno, mal pudo haberlo adoptado el General Díaz cuando él, mejor que nadie, por el conocimiento que tiene del país y de su historia, sabe que el abuso de autoridad ha cultivado siempre las revoluciones en el espíritu levantado de los mejicanos; en confirmación de lo cual podrían citarse, entre otros ejemplos, la huída de Santa Ana al extranjero cuando contaba con un ejército de cuarenta mil hombres, por efecto de la Corte Marcial, y la ruina de Maximiliano después del terrorista decreto de 3 de Octubre.

“Nosotros diríamos que el General Díaz ha consolidado el poder por medio de la buena administración de los intereses públicos. Esto, nadie que sea de buena de fe, puede negarlo.”

¿Piensa el lector que ya quedó agotado el vocabulario del señor Bunge y que no tendrá nuevas frases despectivas al referirse al Jefe de la nación Mexicana?

Pues se equivoca. Necesitaba algo más y le llama *farsante de la democracia, cacique disfrazado de Presidente*.

No importa que como paliativo agregue el señor Bunge: “Porfirio Díaz es uno de los más

grandes estadistas del siglo XIX. Gobierna á Méjico como Méjico debe ser gobernado.”

Si esta última frase repetida tantas veces por grandes sociólogos y profundos pensadores, de aquellos que no se conforman con afirmar, sino que demuestran y prueban las verdades que proclaman, en hora buena que el señor Bunge la estampara, pero como once líneas después, llama á Juárez *el buen mestizo*, le negamos el derecho de juzgarnos, y le creemos inhábil para abrazar en elevada síntesis los múltiples aspectos que ofrecen la vida y la obra del General Díaz, que no es ni tráfuga del partido liberal, ni cacique, ni gobernante por el terror, ni farsante de la democracia. Y lo decimos muy alto: en la gloria personalísima del General Díaz está reflejada la gloria de los mexicanos todos. Porque ni la energía incomparable, ni la firmeza para llevar á término sus planes y desarrollar su política, ni el haber puesto fin á las disenciones de la gran familia liberal, ni el haber, llegado el momento oportuno, hecho observar en su verdadero espíritu liberal, las leyes expedidas en momentos de lucha y de pasión, ni el haber colocado en tan elevado sitio el nombre de la patria, ni las múltiples manifestaciones del progreso al amparo de la paz, nada, decimos, está desprendido, desligado del pueblo mexicano. Sin su adhesión sin

límites, el General Díaz, grande estadista, como es, no habría realizado su obra. Ha ido al frente de los destinos de México, porque se había de antemano hecho digno del respeto, de la estimación, de la gratitud del pueblo mexicano, que á pesar de ser *el más indígena* de los del Nuevo Mundo, como dice el señor Bunge, y en esto no se equivoca, no es el que más apremiantemente necesita *uropeizarse*, pues no es una horda, sino una nación. El General Díaz, pues, es un gran ciudadano, y lo es no porque sus conciudadanos sean míseros y degradados ilotas. Si los mexicanos fueran lo que sin razón ni motivo supone el señor Bunge, el General Díaz sería simplemente el tuerto, nacido en la tierra de los ciegos, y bien mezquina sería entonces su gloria.

XV.

Como para el señor Bunge nada significa, á lo que parece, el contradecirse, y tan pronto fustiga como enaltece á aquél de quien se sirve para elaborar grandes frases, hé aquí que en la página 229 escribe:

“¡Merece el respeto de la Historia! Los yanquis le han honrado en todas formas porque era un vecino cómodo. Preguntad empero á un yan-